

—“Haré lo que mejor os pareciere,” respondió el monarca. Púsose, pues, en la puerta de la ciudad ó fortaleza de Mahanaim, y mientras que el ejército iba desfilando en cuerpos de á ciento y de á mil hombres para colocarse en órden de batalla, recomendó á los caudillos: “;Conservadme á mi hijo Absalon!” Y todo el ejército le oyó repetir con emocion el nombre de su hijo. Aquel corazón paternal se estremecía con solo la idea de la muerte de su hijo, y la victoria le hacía temblar mas que la derrota, si debía comprarse con la pérdida de Absalon, de aquel hijo rebelde y obcecado que agrupaba allí contra la vida de su padre todas las fuerzas de Israel.

Dióse, pues, la batalla en los bosques de Efraim, y el ejército de Israel fué derrotado por las tropas de David. Absalon sucumbió: la mortandad fué espantosa: veinte mil hombres quedaron tendidos en el campo, y los restantes se desparramaron por todo aquel país, y fueron aun muchos mas los que perecieron huyendo por el bosque, que los que murieron al filo de la espada. El mismo Absalon, arrastrado por los fugitivos, y montado en un mulo, se encontró con la gente de David, y atravesando la selva en precipitada huida, metiéndose el mulo debajo de una poblada encima, se le enredó en sus ramas su larga cabellera, y pasando adelante el mulo, quedó lastimosamente colgado, haciendo vanos esfuerzos para desprenderse. Un soldado del ejército vencedor, que le vió en situación tan desesperada, informó de ello á Joab, el cual le dijo: “Si así le viste, ¿cómo no le traspasaste á cuchilladas, y te habria yo dado diez siclos de plata y un tahalí?” El soldado hizo presente á su general las estrechas órdenes y la recomendacion de David: “Aun cuando pusieras en mis manos mil monedas de plata, no estenderia yo mi mano contra el hijo del rey, pues todos nosotros hemos oido de boca de éste aquellas palabras: Conservadme á mi hijo Absalon.”—“No será, pues, como tú dices, replicó Joab, yo mismo lo he de traspasar á tu presencia.” Cojió, pues, tres dardos, y clavólos en el pecho de Absalon, y como palpítase todavía colgado de la encima, acudieron corriendo diez jóvenes, escuderos de Joab, y le acabaron de dar la muerte. Al punto Joab hizo tocar la trompeta, y contuvo al ejército para que no persiguiese mas á Israel, que iba huyendo, pues queria perdonar á la muchedumbre.

Entretanto el rey, sentado entre las dos puertas de la ciudad, aguardaba con toda la ansiedad del amor paternal, el resultado de esta fatal jornada. Y el centinela apostado encima de la puerta sobre la muralla, anunció la llegada de un correo. “Si viene un hombre solo, dijo el rey, serán buenas nuevas las que trae.” Y al momento se divisó un segundo correo que tambien venia solo. “Buenas son las nuevas,” añadió el rey.

De tan lejos como pudo gritó el mensajero: ;Victoria! Y postrado profundamente delante del rey, exclamó: “;Bendito el Señor, Dios tuyo, que ha entregado en tus manos á los que se habian sublevado contra el rey, mi señor!” Preguntó el rey: “¿Está vivo mi hijo Absalon?” Respondióle el mensajero: “Cuando Joab tu siervo me envió á tí, oh rey, he visto levantarse un gran tumulto: no sé otra cosa.” Llegó el segundo mensajero llamado Cusi y dijo: “Albricias, rey señor mio: el Señor ha fallado hoy á tu favor, contra el poder de todos cuantos se rebelaron contra tí.”—“¿Y mi hijo ha sobrevivido?” La respuesta fué siniestra, á la par que decisiva y respetuosa: “Tengan la suerte de ese jóven los enemigos del rey, mi señor, y cuantos se levantaraen contra él para dañarle.” El desgraciado padre, dando dolorosos gritos y derramando amargo llanto, subió á encerrarse en el aposento que estaba sobre las puertas de la ciudad, en donde redobó sus profundos gemidos con nuevas lágrimas, sin dar tregua alguna á su dolor. “;Hijo mio Absalon, exclamaba, Absalon, hijo mio! ;Quién me diera, Absalon, hijo mio, comprar tu vida con la mia! ;Oh hijo mio Absalon!” Y repetía estas palabras para aliviar su dolor, á la manera que se vuelve á meter el hierro dentro de una llaga para enconarla mas. Es propio de las grandes afeciones de desconsuelo el buscar un alimento en sus mismas heridas: esos sacudimientos inmensos de la sensibilidad, parecen evocar incoherentemente lo que les fué querido como una sombra amiga para eternizar el sentimiento de su pérdida, teniéndola siempre presente en el corazón; pues rehusan todo otro género de consuelo, y viven y se alimentan de su desesperacion, única cosa que les queda del objeto perdido.

El desdichado Absalon, traspasado con tres dardos, y acabado de matar por los escuderos de Joab en medio de sus postreras palpitaciones, fué enterrado en el centro del bosque y en un hoyo profundo que se cubrió con un monton de piedras, como para lapidar al parricida. Durante su vida, Absalon se habia hecho construir una especie de columna fúnebre en el valle de Josafat, que separa Jerusalem del monte de los Olivos. En este lugar se advierte todavía un monumento que sin duda habrá reemplazado al antiguo, y que se llama asimismo el sepulcro de Absalon. Está cortado en roca viva, pero no se desprende de ella lo bastante que permita dar la vuelta al rededor. Presenta por cada lado cuatro columnas de órden dórico, levantadas en sus tres cuartos en el grueso del sepulcro, elevado en pirámide y terminado por un ornato que se asemeja bastante á un birrete frigio. Distinguese este monumento con algunos otros de todas aquellas piedras tumularias, que los cultos cristiano, judío y mahometano, llevan al valle de Josafat. En aquel lugar duermen, colo-



cados en estrechas filas, cenizas que parecen haber querido encontrarse de antemano en el puesto aplazado de la resurrección general y del último juicio; porque, según la tradición religiosa, en aquel lugar, cubierto de un santo horror como de un manto lúgubre, será donde de los cuatro vientos del cielo vendrán y se reunirán las legiones de los muertos, convocados por la trompeta de los ángeles, y se tendrán los postreros debates del género humano.

En la aflicción inmensa que oprimía el alma de David durante la criminal rebelión de su hijo, y en los azarosos momentos de persecución y de angustia en que se halló durante aquel amargo período, no podía dejar de desahogarse y buscar consuelo á la presencia del Señor, por medio de aquellos sublimes cánticos que, salidos del fondo del corazón, exhalaban sus labios al compás de la melodía del dolor. Varios son los salmos que se le atribuyen durante la persecución de su hijo. Nosotros escogeremos el 103, que en sentido literal, es una imprecación contra Aquitofel y demás partidarios de Absalon, y en sentido figurado es una imprecación contra el discípulo traidor y los perseguidores de Jesucristo, siendo en uno y en otro sentido una profecía enérgica en forma de imprecación.

Esta vez hemos preferido la paráfrasis en prosa, en obsequio de la variedad; paráfrasis que, á escepción del metro, conserva en toda su belleza y energía las formas poéticas.

«Testificad, Dios mío, mi inocencia, porque un perverso, un impostor, abriendo sus dolosos labios se ha desbocado contra mí.

Me han infamado y hecho odioso á las sangrientas calumnias que han sembrado contra mí por todas partes, persiguiéndome sin causa.

Me han desacreditado los que debían amarme: y yo, Señor, os he rogado por ellos.

Me han vuelto mal por bien, correspondiendo á mi amor sincero con odio implacable.

Caiga en poder de los malos el pérfido traidor que me ha entregado, y el diablo esté á su diestra para acelerar su perdición.

Quando parezca en juicio, sea condenado: y si se atreve á hablar en su defensa, téngasele por un nuevo delito.

Acórtensele sus días, y deje á otro el puesto que ocupa.

Muera con el dolor de dejar viuda á su esposa y huérfanos sus hijos.

Anden éstos errantes y vagabundos: véanse reducidos á la mendiguez y arrojados de su casa y sus hogares.

Consuman los usureros toda su hacienda: saqueen y roben los estrafios todo el fruto de sus trabajos y fatigas.

Abandónele en vida todo el mundo, y después de su muerte no hallen sus hijos quien se compadezca de ellos.

Arrebátele la muerte, antes que pase á la segunda generación el nombre de sus padres.

Manténgase irritada la ira divina contra un hijo tan perverso, con el recuerdo continuo de las iniquidades de sus padres, y con la imájen viva de los pecados de su madre.

Estén presentes siempre á los ojos del Señor sus iniquidades, y perezca su memoria, juntamente con aquel hijo ingrato y cruel que ninguna compasión tiene de mis males.

Antes bien me persigue, y pretende quitarme la vida, viéndome privado de todo socorro y oprimido de dolor.

Quiso merecer con su delito la maldición del Señor, y caerá sobre él: renuncio las bendiciones del ciclo, y será privado de ellas.

El mismo se ha vestido de la maldición de Dios, que ha entrado en él como el agua se infiltra en la tierra, y ha penetrado en sus huesos como el aceite penetra por todas partes.

Llévela siempre sobre sí como vestido que le cubra, y como faja que le rodea y le ciñe.

Sea este el premio que dé la justicia divina á los que me calumnian, y anhelan quitarme la vida formando malignos discursos contra mí.

Mientras maquinan mi perdición, vos, Señor Dios mío, favorecedme con la gloria de vuestro nombre, con vuestra benigna misericordia.

Mirad que estoy desamparado y desvalido, mi corazón entristecido y sobresaltado, y así venid á librarme.

Mi subsistencia es como la sombra de la tarde, como la langosta que no puede resistir al menor golpe.

Tan enflaquecidas están mis rodillas del ayuno, que apenas puedo sostenerme: he cuidado tan poco de mi cuerpo, que de puro flaco y vacilante estoy desfigurado.

Estoy hecho la irrisión de mis enemigos, que viendo los males que padezco, me escarnecen con meneos de cabeza.

Señor Dios mío, amparadme, seguid los impulsos de vuestra misericordia, y sacadme de este miserable estado.

Reconozcan mis perseguidores en mi libertad el poder de vuestro brazo, y sepan, Señor, que vos sois el autor de ella.

Mientras ellos me maldicen, vos me colmaréis de bendiciones, y confundiendo á estos rebeldes, consolaréis á vuestro siervo.

Sean mis calumniadores como revestidos de infamia: sean cubiertos de confusión como de un manto pesado que los oprima.



Pero yo, agradecido al Señor, le bendeciré millares de veces, y cantaré sus alabanzas en medio de un gran concurso.

Porque cuando me abandonaba todo el mundo, él me asistió para ponerme en salvo de mis perseguidores."

Ved ahí, después de los suspiros de la opresión y del dolor, el himno del triunfo y de la acción de gracias. El corazón del monarca de Israel es grande en el infortunio y grande en la prosperidad, porque siempre se dirige á Dios, y su arpa es tan celeste cuando acompaña sus gemidos, como cuando hace mas dulces sus santas alegrías.

“ Siempre así lo he creído,  
Y siempre así lo he dicho y confesado :  
Nunca tan abatido  
Me vi jamás : y dije arrebatado :  
Todo hombre es engañoso ,  
Casi fuera de mí con la alegría  
De verme en tal reposo  
Ya seguro. Al Señor en este día,  
Que tanto bien me ha hecho,  
¿ Qué le podrá ofrecer en sacrificio  
Mi fiel y grato pecho?  
Del cáliz libaré, donde propicio  
La salud me prepara,  
Invocando su nombre soberano.  
Los votos que formara  
En la tribulación, hechos en vano  
No serán ; y cumplidos  
Su pueblo los verá ; pues de tal precio  
Es de sus escogidos  
Para el Señor la muerte. Ya me precio,  
Señor, de ser tu esclavo,  
Que tu esclava en su seno ha concebido.  
Tú rompistes el clavo  
De la cadena en que gemi con fiera  
Injusta servidumbre :  
A ti ofrezco la hostia de alabanza  
Ante la muchedumbre  
De su pueblo al Señor, mi confianza  
En su nombre poniendo,  
Presentaré en sus atrios mis ofrendas

Los votos le cumpliendo  
Que otro tiempo le hice : porque entiendas,  
Jerusalem gloriosa,  
Cuánto debo á su mano generosa.

Del uno al otro polo,  
Oh gentes y naciones,  
Oh pueblos y regiones,  
Al Señor alabad.

Pues su misericordia,  
Con nosotros hoy sella,  
Ostentando con ella  
Eterna su verdad.

**Coro de David.**

Gloria al Señor del cielo,  
Gloria por sus bondades,  
Y porque sus piedades  
Interminables son.

**Uno de este coro.**

Cante Israel ahora  
Himnos á sus bondades,  
Cante que sus piedades,  
Interminables son.

**Otro de este coro.**

Publique en este día  
Que duran sus piedades  
Por eternas edades  
La casa de Aaron.

**Todo el coro.**

Sus siervos hoy devotos  
Digan que en las edades  
Futuras sus piedades  
Interminables son.

**David.**

Halléme rodeado  
De aflicción, de dolor y de agonía :



LAS MUGERES DE LA BIBLIA.

Llamé desconsolado  
Al Señor, que veía  
La fiera pena mía;  
Y oído el triste ruego,  
De la tribulación me sacó luego,  
Y púsome en anchura  
Con alegre reposo y paz segura.

El Señor me ayuda,  
Ya no temeré  
Males de los hombres  
Que en nada los hé.

Coro.

El Señor me ayuda,  
Ya despreciaré  
A mis enemigos  
Que en nada los hé.

David.

En el Señor quiero  
Mas bien esperar,  
Que en el hombre flaco  
Que puede faltar.

Coro.

En el Señor quiero  
Mas bien esperar,  
Que en príncipe humano  
Que puede faltar.

David.

Mil gentes me cercaron,  
Al Señor invoqué:  
Valime de su nombre  
Y los escarmenté.

Coro.

El cerco me estrecharon,  
Al Señor invoqué,  
Valime de su nombre  
Y los escarmenté.

LAS MUGERES DE LA BIBLIA.

David.

De enjambre numeroso  
Cercado me miré,  
Cual zarza por el fuego  
Rodeado me hallé.

Coro.

Viéndome tan estrecho  
Al Señor invoqué:  
Valime de su nombre  
Y los escarmenté.

David.

Con impulso terrible me embistieron,  
Titubear me hicieron,  
Y casi ya caído,  
La mano del Señor me tuvo asido,  
Porque no me rindiese.  
El Señor fué mi fuerza en aquel día,  
Para que allí venciese:  
El Señor fué mi honor y gloria mía:  
El me salvó. ¿Mas qué suave acento  
Dentro del tabernáculo resuena?  
Voz de júbilo llena  
Es del coro de justos, que contento,  
Con alegría santa  
Aplaude el triunfo, y la victoria canta.

Coro de Sacerdotes.

La diestra del Escelso  
Mostróme su poder;  
Exaltóme su diestra;  
Ayudóme á vencer.  
Ella me dió la vida,  
Yo ya no moriré,  
Sus altas maravillas,  
Alegre cantaré.



LAS MUGERES DE LA BIBLIA.

Corrijióme severo,  
Probar quiso mi fé :  
Mas salvóme la vida,  
Y ya no moriré.

David.

Abridme ya las puertas  
De santificacion ; que reverente  
Por ellas quiero entrar, y confesando  
Al Dios omnipotente, y alabando  
Su nombre, darle gracias. Siempre abiertas  
Estad, oh puertas del Señor Dios mio,  
Franqueando la entrada al justo y pio.

David ya en el templo.

A tí, Señor, deseo  
A tí solo alabar,  
Pues solo tú mi llanto  
Quisiste consolar.  
Con olas y borrascas  
Luchaba en alta mar :  
Viniste á socorrerme,  
Quisisteme salvar.  
La piedra que los hombres  
Quisieron desechar,  
Sostiene el edificio :  
La piedra es angular.

El Sacerdote.

Prodigio es del Señor, en que admirados  
Su poder adoremos. Este día  
Que nos dá su bondad, regocijados  
Celebremos con fiesta y alegría.  
Y tú, gran Dios, ven ya, ¿qué te detiene?  
Salvo y próspero al fin por tí se vea  
Tu siervo; y el que viene  
En nombre del Señor, bendito sea,  
Y benditos vosotros. En el templo  
Donde el Señor reside,  
La bendicion os damos á su ejemplo :

LAS MUGERES DE LA BIBLIA.

Pues Dios es el Señor que nos preside,  
Y ya su luz divina  
Con clara bendicion nos ilumina.  
Levantad hasta el cielo los ramos,  
Pabellones frondosos formad,  
Donde alegres del Dios que adoramos  
Celebremos la gran majestad.  
Con la palma y el mirto los ramos  
Con el sauce y el cedro enlazad,  
Y al altar del Señor que adoramos  
Sin recelo con ellos llegad.

David.

Yo, Señor, el primero  
Seré que te dé cuenta, confesando  
Que tú eres el Señor y dueño mio,  
Dios apacible y blando.  
Tú eres mi verdadero  
Unico Dios, en tí solo confío :  
Ensalzaré tu gloria,  
Y grata mi memoria  
Siempre confesará de tus piedades,  
Que entre las tempestades  
Oíste mi lamento,  
Y me sacaste á paz y á salvamento.

Coro.

Gloria al Señor del ciclo,  
Gloria por sus bondades,  
Y porque sus piedades  
Interminables son.  
Publique en este día  
Que duran sus piedades  
Por eternas edades  
La casa de Aaron.

La muerte de Absalon no ahogó por cierto todos los gérmenes de escision ni en el pueblo, ni en la familia reinante. De una parte la escision que se habia producido en tiempo de Saul entre la tribu de Judá y las tribus restantes y que acababa de abrir tantas puertas á una tentati-



va de revuelta, había dejado en todos los ánimos semillas de recíproca enemistad, y un pequeño incidente podía determinar una nueva conflagración. No tardó, pues, en verse de ello un ejemplo asaz alarmante. Todo Judá y una parte solamente de Israel se hallaban reunidos alrededor de David después de la victoria, y quisieron volverle á Jerusalem. Pero los demás guerreros de Israel llegaron á su encuentro y se quejaron vivamente de que no se les hubiese esperado. “¿Por qué nuestros hermanos los de Judá se han precipitado tanto en hacer pasar el Jordan al rey y á los de su comitiva?” Y respondieron los de Judá: “Porque el rey nos pertenece mas de cerca. Mas ¿por qué os habeis de enojar por esto? ¿Por ventura hemos comido á expensas del rey, ó recibido de él algunos regalos?” Replicaron los de Israel á los de Judá: “Diez veces mas somos que vosotros para con el rey, y David nos pertenece mas que á vosotros. ¿Por qué se nos habia de hacer este agravio?” La queja, pues, fué animada y ardiente. Un hebreo, llamado Seba, de la tribu de Benjamín, tocó la trompeta de la insurrección. “Nada tenemos que hacer con David, exclamó, no hay que esperar cosa alguna del hijo de Isai; vólvet, Israel, á tu casa.” Y determinó á todo Israel á retirarse á sus hogares, para prepararse en ellos á la venganza. Joab, empero, cortó muy presto el principio del incendio, dando la muerte al gefe de la rebelión, cuya cabeza le fué arrojada desde los muros de Abela, por los mismos á quienes él acudillaba. Ved ahí el pago que suelen dar muchas veces los revoltosos á los mismos que promovieron la revuelta ó á los gefes que los acudillan.

De otra parte, una nueva insurrección y ambiciosas intrigas vinieron á agitar aún los últimos años del rey. Si bien el trono hereditario era admitido ó como principio racional, ó como precepto positivo de Dios, que habia fijado el supremo poder en la casa de David; pero el órden de sucesión no estaba regulado ni por precedente alguno, ni por una ley formal. En tal estado, Adonais, á quien la mayoría de edad parecia dar cierto derecho por la muerte de Absalon, probó ceñirse desde luego la corona, ó porque se cansase de esperar esta porción de la herencia paterna, ó porque temiese verla pasar á otro. Joab, dispuesto siempre á to la empresa que pudiese aumentar su crédito, y el gran sacerdote Abiathar, de bullicioso carácter, tenian la mano en esta intriga. Reuniéronse los conjurados fuera de la ciudad, como queriendo celebrar una fiesta, para cuya reunión no fueron invitados los empleados de palacio, cuyas disposiciones no dejaban de inspirar alguna inquietud. El profeta Nathan, que era del número de las personas escluidas, tomó la resolución de atajar el desórden en su cuna; y á este fin invitó á Bethsabé á que

hiciese valer los derechos de su hijo Salomon, recordando á David sus más solemnes promesas. “Yo llegaré, mientras el rey os dará audiencia; añadiré, y apoyaré vuestras razones para con el rey.” Realmente Bethsabé emprendió al rey, y le recordó sus palabras y sus juramentos: “Vos deciais en otro tiempo, Salomon, hijo tuyo, reinará despues de mí, y él se sentará sobre mi trono. Y ved ahí, que Adonais usurpa, sin vos saberlo, la dignidad real. . . . . No obstante, todo Israel tiene fijos en vos los ojos y aguarda que le manifestéis quién deba sucederos en el trono. Y si no lo haceis, tanto mi hijo como yo, serémos tratados como criminales, cuando el rey, mi señor, vaya á descansar con sus padres.” Llegó Nathan en aquel momento, y añadió á las blandas súplicas de Bethsabé la grave autoridad de su palabra: “¿No me habeis dado á conocer á mí, vuestro servidor, quién debia, despues del rey mi señor, sentarse en el trono?”

Renovó entonces David sus juramentos en favor de Salomon, y dijo á Bethsabé: “Vive Dios que ha librado mi alma de todo peligro, que así como te juré por el Señor de Israel diciendo: tu hijo Salomon reinará despues de mí, y él se sentará sobre mi trono en mi lugar, así lo ejecutará hoy.” En efecto, inmediatamente mandó dar á su palabra y á los títulos de Salomon un carácter solemne y sagrado; y para prevenir las luchas que amenazaban ensangrentar la transición de un reinado al otro, mandó que ceso nriese la unción real á su sucesor, y que sin retardo se proclamase su advenimiento, y con la mayor publicidad. Esta órden fué cumplida pronta y puntualmente. La ciudad se llenó de movimiento. El jóven príncipe, rodeado de los grandes de la corte, montado en la caballería de su padre, fué conducido hasta la fuente de Gihon, y vuelto despues á palacio, sentóse sobre el trono de David, y le felicitaron con el pueblo el profeta Nathan, el sumo sacerdote Sadoc, Bananias y demás personajes, llenando los aires de alegres vivas, aclamaciones y al son de festivos instrumentos. El ruido de esta agitación extraordinaria, llegó hasta los oídos de los conjurados, que deliberaban todavía acabando su festin. Adonais en particular reconoció que toda su salvación dependia de la clemencia del nuevo monarca. Fuese, pues, corriendo al pié del altar, á fin de atraer sobre su cabeza aquellas garantías de inviolabilidad que la mayor parte de los pueblos antiguos habian confiado á la clemencia sagrada de la religion, no para el crimen, sino para dar al encono obcecado el tiempo de la reflexion, y para suavizar la imprescindible severidad de la ley, haciendo meditar el pensamiento del cielo entre la justicia irritada y su víctima que tiembla. “Júreme hoy mismo el rey Salomon, decia, que no hará morir al filo de la espada á su siervo.” A lo



que respondió Salomón: "Si fuere hombre de bien, no caerá en tierra ni uno de sus cabellos; pero si se portare mal, morirá." Envió en seguida quien le sacase del altar á que se habia refugiado; y presentándose Adonáis al rey Salomón, le hizo una profunda reverencia, y le dijo Salomón: "Vete á tu casa." Así fué apaciguada esta segunda comocion antes que pudiese turbar el país y provocar la efusion de sangre; y puso fin tambien al reinado efectivo de David, añadiendo un anillo de mas á aquella dura y prolongada cadena de aflicciones que tuvo que arrastrar en todo el curso de su laboriosa vida.

Sin embargo, en medio de estas pruebas que penetraban hasta el fondo del alma al hombre privado, supo David hacer prosperar la causa pública con aquella inteligente solicitud y vastedad de miras que inmortalizaron su reinado. El ejército, los réditos, la administracion general, el culto, recibieron y guardaron por largo tiempo el impulso que habia sabido darles con su hábil y experimentada mano. Si el genio de un príncipe ha de medirse, no por la estension del territorio que está bajo el dominio de su cetro, sino por el partido que sabe sacar de las circunstancias, David en nada fué inferior á la mayor parte de los mas célebres potentados, y los hebreos pudieron con muchísima razon, conservar su memoria como guerrero y como político con aquella respetuosa admiracion que tan bien sienta á la superioridad. Cambió el sistema de ataque y de defensa que se habia adoptado en tiempo de los Jucees, y hasta la época de Saul: en lugar de operar por tribus, obraba por masas, reuniendo las fuerzas del país en un cuerpo compacto, á fin de descargar siempre golpes decisivos. Así la victoria fué constantemente fiel á sus armas. Desde Josué la nacion luchaba sin cesar para estenderse hasta los límites previstos por su legislador, y para sentarse en ellos bajo la sombra de una posesion pacífica y no disputada. David acabó rápidamente este trabajo, estendió el hogar de la patria y realizó el plan de la conquista, estrechando á los filisteos contra el Mediterráneo, y llevando sus armas victoriosas al corazón de la Siria, y hasta las riberas del Eufrates. Con igual prudencia y sagacidad se portó con los pueblos enemigos: arruinó el poder de los que podian inquietarle: hizo alianza con los que podian serle útiles, y tomó con respecto á todos, una posición que imponia el respeto. En una palabra, elevó la fortuna de Israel y le aseguró una considerable preponderancia sobre los estados vecinos, cuya recelosa envidia le habian tenido hasta entonces en una actitud temerosa y humillante. Tantos peligros arrostrados y vencidos, su pueblo triunfante y próspero, la proteccion del cielo asegurada á todas sus empresas, todo este conjunto de satisfacciones llenaron el alma de David de sentimientos inefables de gratitud que

se derramaron en su pecho en raudales de encantadora poesia. ¿Que boca humana se abrió jamás para hablar un lenguaje mas sublime que este canto lirico del anciano rey?

"Jehová es el peñasco y la torre de mi refugio: es mi libertador. Dios es mi ayuda, y yo esperé en él: mi escudo y la garantia de mi salud: mi asilo, y yo estaré en seguridad: mi defensor, y me protegerá contra la injusticia. Invocaré al Señor con alabanza, y él me defenderá de mis enemigos.

"Cercado me han los horrores de la muerte: los torrentes de iniquidad me han rodeado de pavor. La muerte ha arrojado sus lazos en torno de mí, y me ha tenido debajo de su gadaña. En el seno de mi tribulacion invoqué al Señor, lancé clamores á mi Dios, y desde su tabernáculo ha escuchado mi voz, y mi clamor ha llegado á sus oidos.

"La tierra se conmovió en sus cimientos y tembló, los fundamentos de las montañas se agitaron y bambolearon bajo la ira de Jehová. Arrojaron humo por sus narices y por su boca llama devoradora, y él dejó tras sí carbones encendidos. Bajó el pavellon de los cielos para descender, y una niebla sombría envolvía sus plantas. Llevado en alas de los querubines, tomó su vuelo y marchó sobre los vientos. Colocó en torno de sí la oscuridad como una tienda, velándose en las aguas que caian de las nubes. Con el resplandor de su presencia encendiéndose un fuego voráz.

"Desde el cielo Jehová hizo sonar su voz de trueno: la voz del Altísimo resonó. Lanzó sus flechas y dispersó al enemigo, y con su rayo lo devoró. Y los abismos de la mar aparecieron, y los fundamentos de la tierra quedaron desnudos bajo tus amenazas, oh Jehová, y bajo el soplo tormentoso de tu furor.

"Inclinóse desde lo alto y me tomó en sus brazos, y me retiró de las ondas salidas de madre: arrancóme de las garras de enemigos poderosos y de los que me aborrecian, cuando su fuerza iba á triunfar de la mia.....

"Las vías del Señor son rectas y puras: su palabra está acrisolada en el fuego. El es el escudo para aquel que en él confia. ¿Quién es dios fuera de Jehová? Y ¿quién es el potente fuera de nuestro Dios? El ha ceñido de fuera mis riñones, y ha aplanado y rectificado la senda que debo seguir. Ha dado á mis pies la velocidad del ciervo, y me ha colocado en alturas inaccesibles. Ha dispuesto mis manos para el combate, y hecho de mis brazos un arco de acero.....

"Yo te alabaré en medio de los pueblos, Señor, y yo cantaré un himno en tu nombre; á tí, que haz tan gloriosamente salvado al príncipe elegido



por tí, y usado de misericordia para con David, tu unjido, y con su estirpe por todos los siglos.

“A tí, mi Dios y rey, mi posía  
 Celebrará, y eterno hará tu nombre:  
 Bendiciones humildes cada día  
 Te ofreceré con inmortal renombre.  
 Con tu magnificencia y tu alabanza  
 Nada es igual: inmensa es tu grandeza.  
 De una generacion en otra alcanza,  
 De tus obras la loa y de tu alteza.  
 El decoro y grandeza de tu gloria  
 Dirán y contarán tus maravillas;  
 Fiel tu poder alabarà la historia  
 Y la fuerza terrible con que brillas.  
 Grato sabor les dejarà la hartura  
 De tu bondad, con tu justicia ufanos;  
 Hechiza la piedad y la blandura  
 Del Señor con los miseros humanos.  
 Igualmente con todos es suave:  
 Obras no se ven de él que no lo indiquen.  
 Juntas te alaben todas, y con grave  
 Y dulce union tus santos lo publiquen.  
 La gloria ensalzarán de tu reinado,  
 De tu poder y tu magnificencia:  
 Llamarán à los hombres, y en dechado  
 Les propondrán su gloria y opulencia.  
 Mas durable que el tiempo el señorío  
 Es de tu reino, y las edades pasa.  
 No engaña en sus promesas: santo y pio  
 El Señor en sus obras es sin tasa.  
 Ocurre à sostener al que tropieza  
 El Señor, y levanta al que ha caído.  
 Puesto en tí ha sus ojos, su grandeza  
 Dá oportuno alimento al desvalido.  
 Cuantos por tí respiran, de tus manos  
 Reciben abundantes bendiciones.  
 Recto es en sus designios soberanos:  
 Santo el Señor en todas sus acciones.  
 Siempre propicio está al humilde ruego,

Como le rueguen con verdad sincera:  
 Temerosos le sirvan: verán luego  
 Cómo su voluntad les cumple entera.  
 Unan sus votos y serán oídos,  
 Y los libertará de dura muerte.  
 Vela el Señor sobre sus escogidos:  
 Abandona los malos à su suerte.  
 Yo lo alabaré siempre, y todo hombre  
 Alaba sin cesar su santo nombre.

Alaba ánima mía  
 Al Señor; mientras viva y tenga aliento.  
 Con acorde armonía  
 Al son de mi instrumento,  
 Alabar à mi Dios es mi contento.  
 No pongas tu esperanza  
 De príncipes terrenos en humano  
 Favor que nada alcanza:  
 Ni rey ni soberano  
 Podrá darte salud, ni está en su mano.  
 El alma se separa  
 Vuelve el cuerpo à la tierra de que era,  
 Y en aquel día pára  
 En sueño y en quimera  
 Aquella pretension tan altanera.  
 ¡Oh varon venturoso  
 El que al Dios de Jacob su auxilio fia,  
 Y con dulce reposo  
 Y con fé humilde y pia  
 De su Dios y Señor no se desvía!  
 Del que cielos y tierra  
 Hizo con sábia y poderosa mano,  
 Y de cuanto en sí encierra  
 Inmenso el Océano,  
 Arbitro es y dueño soberano.  
 Del que es eternamente  
 Fiel y veraz, y al misero que gime  
 Su mano prepotente  
 La suya lo redime,  
 Y pan dá al pobre à quien el hambre oprime.



LAS MUGERES DE LA BIBLIA.

Del que rompe en oscura  
Prisión los grillos; del que al ciego llama,  
Y rayos de luz pura  
En sus ojos derrama;  
Y levanta al caído, y al justo ama:  
Proteje al peregrino,  
Al pupilo recoge: á la viuda  
Dispensa su divino  
Patrocinio y ayuda,  
Y el plan del pecador trastorna y muda.  
Este tu Dios eterno  
Es, Sion, cuyo reino permanente  
Con pródigo gobierno,  
Con ley omnipotente  
Tu gloria estenderá de gente en gente.

*Alabanza.*

Al Señor nuevo canto conviene  
Cantar, que resuene  
Hoy con tonos y música nueva;  
De sus santos la Iglesia lo alabe;  
Ningun otro sabe,  
Fuera de ella ninguno se atreva.  
Con su dueño y autor soberano  
Alégrese ufano  
Israel, y haga mil regocijos  
A su Rey y Señor poderoso  
Sion venturoso:  
Con placer lo festejen sus hijos.  
Dén aplauso á su nombre: sonoro  
Repítalo el coro.  
Al salterio y al tímpano unida  
En acorde y armónica clave  
La flauta suáve  
AcompaÑe la voz repetida.  
Pues también el Señor se complace  
Y grato se hace  
Con su pueblo, y en él se recrea;  
Y por manso y humilde lo estima  
Y en alto sublima,  
Y le dá la salud que desea.

LAS MUGERES DE LA BIBLIA.

Rebosando gloriosa alegría  
Los santos un día  
Vivirán en eterna bonanza,  
Descansados en paz y serenos  
De males ajenos;  
Y placer será todo y holganza.  
La grandeza cantar ya los veo  
Con dulce gorgceo,  
De su Dios en garganta canora,  
Y en sus manos aceros templados  
De filos doblados,  
Esperando que llegue su hora.  
Para hacer, en llegando, la fiera  
Venganza postrera  
En naciones rebeldes y duras:  
Para dar el condigno castigo  
Al dño enemigo  
De los pueblos, y echar en oscuras,  
En estrechas prisiones los reyes  
Que hicieron sus leyes;  
Y á su loca y altiva nobleza,  
Dos á dos en horribles esposas,  
Las manos briosas,  
Con el hierro abatir su fiereza.  
Aquel día será ejecutada  
La ya decretada  
Rigorosa sentencia, por ellos;  
Que tal gloria dá Dios á sus santos,  
Victoria de tantos  
Enemigos, y triunfos tan bellos.

Aplausos inmortales  
Dad al Señor, que reina en alto asiento  
De luces eternas.  
Sus loores resuene el firmamento,  
Donde su fortaleza  
Muestra, y su irresistible poderio.  
Alabad la firmeza  
De sus obras, y el alto señorío.



La inmensa muchedumbre  
 Cantad de su grandeza sin medida,  
 De la celeste cumbre  
 Al abismo sin término estendido,  
 La trompa ronca y grave  
 Retumba ya; respóndale sonora  
 La cítara suave  
 Con el dulce salterio, y cada hora  
 Su alabanza resuene.  
 Al timpano la flauta travesera  
 Y el órgano conviene  
 Y el laud añadir: de esta manera  
 Sus dotes soberanos  
 Ensalzad. En suave sinfonía  
 Acordes las campanas,  
 Las campanas con música, alegría  
 Lo aplaudan, y festiva  
 Gloria le dé cuanto respire y viva."

Dando á los hebreos la fuerza y la seguridad, preparó David el esplendor del reinado que debía seguirle. Había ya por sí mismo acumulado grandes riquezas con el designio de edificar en Jerusalem un templo digno de su piedad, y, en cuanto fuese posible, digno del Eterno. Apenas es concebible para nosotros el cúmulo de oro, y de plata, y de hierro, y de bronce, y de maderas preciosas, y de mármoles raros que poseía aquel monarca. Las combinaciones sociales de los antiguos pueblos, sobre todo en Oriente, llevaban todos los tesoros, así como todos los poderes, en manos de los gefes del Estado: la historia ha ponderado su opulencia inaudita; la celebridad de su fausto ha pasado en todas las lenguas bajo la forma de proverbio. Además, las leyes de la antigua guerra despojaban al vencido de todos sus derechos y de todos sus bienes: su libertad, su vida misma quedaban al arbitrio del vencedor. David, pues, encontró un prodigioso botín en las regiones por donde paseó sus armas gloriosas, en la Idumea, en la Fenicia, en la Siria, en el país de los Amonitas y de los Moabitas. Y aun cuando sufriese alguna reduccion la enorme cifra de las riquezas atribuidas á David, suponiendo posible algun error en la apreciacion comparativa de nuestras monedas con las hebreas, queda todavia muy cierto que el monumento famoso cuya construccion absorbió todos estos tesoros, no tenia igual en su magnificencia. Pero David no tuvo la gloria de levantarle por sí mismo, y debió legar este pa-

efico cuidado á un príncipe menos guerrero. "Hijo mio, dijo á Salomon, yo pensaba levantar un templo en honor de Jehová, mi Dios; pero este me ha hecho dirigir estas palabras: tú has derramado mucha sangre y dado muchos combates: á causa, pues, de toda esta sangre derramada delante de mí, no erijirás un templo." Pues que Dios ha cuidado siempre mucho de hacer respetar la existencia del hombre, porque esta existencia es grande. Solo al Eterno pertenece el medir nuestros días; pero como es indispensable en último resultado que la fuerza venga en apoyo del derecho, quiso á lo menos prevenir, en cuanto posible fuese, los arranques de la venganza y los escesos de la represion. Por esto ha rodeado la vida humana de una especie de aureola de proteccion, por manera que guarda un carácter augusto aun bajo la cuchilla de la justicia, y que la muerte dada á un hombre, por legítima que sea su causa, tiene casi cierta apariencia de profanacion. Y si una santa amnistia se levanta de los campos de batalla y refleja en rayos de gloria sobre el pecho de los valientes, es por la razon de que éstos espusieron generosamente su vida, no porque han quitado la de sus semejantes.

David procuró conservar con la prudencia lo que habia conquistado por la espada, haciendo infiltrar el espíritu de las instituciones nacionales en reglamentos aplicados á todos los ramos del servicio público. Después de haber consolidado lo mas eficazmente que pudo la administracion de justicia, empleó su principal solicitud en aumentar la pompa de las fiestas religiosas. Poeta y músico á un tiempo, habia compuesto por sí mismo los himnos que resonaban en las ceremonias solemnes, é inventado alguno de los instrumentos músicos, cuyo melodioso juego acompañaba la voz de los coros.

Tal es el origen de la mayor parte de las poesias reunidas y conocidas en la Iglesia bajo el nombre de Salmos de David. El dolor, la súplica, la alegría, la victoria, las acciones de gracias se exhalan en ellos con acentos íntimos, patéticos, elevados y embelesantes. Reinan allí por su turno la desolada tristura de la elegía, y el entusiasmo de la oda, la grave y penetrante dulzura del himno y del cántico. ¿Qué poeta mejor que David supo arrobar el pensamiento y descender hasta el fondo del corazón, para hacer vibrar sus inmortales fibras? ¿Quién á mayor altura llegó? ¿Quién tocó con mas delicado pulso? ¿Qué emociones secretas, qué misterios de sentimiento no se encuentran en todos sus conciertos, en todas sus notas, en todas sus voces? Grecia y Roma se conmovieron al ruido de las canciones armoniosas que referían batallas, ó tan solo juegos y placcres: pero el profeta de Sion traspasó los límites de las groseras y caducas realidades, y hace hablar una voz que lla-



ma y arrebató el alma á horizontes infinitos. Ora arrojando su mirada sobre los siglos ya agotados, ora volviéndola hácia los siglos futuros, preguntó á aquel libro sin fondo que se llama el corazón del hombre, y á otro libro radiante de gloria que, bajo el nombre de naturaleza, publica tan grandes maravillas. Depositario de los secretos del cielo y de la tierra, los repite con todo el poder de un lenguaje que cautiva la atención de los pueblos. Pontífice universal, puso sobre su arpa el homenaje de todas las criaturas, desde la gota de rocío que bendice á Dios sin saberlo, hasta los ángeles que vuelan bajo los pies del Eterno, como las ruedas de un rápido carro. El nos ha pintado al sol vestido de gloria, al mar balanceándose bajo el dedo de su Autor, los cielos estendiéndose como un pabellón de azul, las estrellas sembradas á lo lejos como una arena resplandeciente. Bardo de su nación, cantó los trabajos de sus progenitores, el origen de la grandeza de Israel, el Sinai iluminándose con la faz de Jehová, el Jordán huyendo de espanto hácia su cuna atónita, la Judea sonriendo á su cielo, ornada de su verdor y de sus flores, y saltando de júbilo al aspecto de su fecundidad. Poeta de la humanidad entera, ha sabido sondear en los mas ocultos pliegues en los cuales suele retirarse el corazón en sus días de angustia: ha mostrado el profundo manantial de donde manan todas las lágrimas y todas las esperanzas: sus hondos gemidos despiertan en las almas penetradas del sentimiento de la eternidad aquella grave tristeza que se observa en el semblante de los proscritos, cuando, desde el seno de la tierra extraña, arrojan por encima de la frontera que les está prohibido traspasar una mirada indefinible hácia los lejanos horizontes en donde se oculta el suelo natal. Hay tanto sentimiento y amor en los acentos del cantor desterrado, cuando habla de la Jerusalem de las alturas, y es tan dulce al salir de sus labios el nombre de la celeste patria, que el hombre, á pesar de hallarse distraído en sus fútiles devaneos, se detiene, y presta atento oído para escuchar y gustar la melodía de este cántico maravilloso.

Los postreros días de David se acercaban ya. Recojió entonces en su pensamiento las vicisitudes de su larga vida, y los beneficios que el cielo había en ella derramado, y despues, trasportado por los afectos del mas vivo reconocimiento, pronunció aquel himno que puede considerarse como el testamento de su piedad.

Ved ahí los últimos acentos proféticos de David, hijo de Isai, el varón escogido por Jehová, á quien fué dada palabra de unión del Dios de Jacob, el dulce cantor de Israel.

“El espíritu del Señor habló por mí: su palabra ha estado sobre mis labios.

El Dios de Israel es quien me ha hablado: el fuerte de Israel es quien me habla: el dominador de los hombres: el justo dominador de los que temen á Dios.

El que teme á Dios será como la luz de la aurora cuando al nacer el día aparece el sol en un cielo sin nubes, y como yerba que brota de la tierra humedecida por la lluvia.

No era digna por cierto mi casa á los ojos de Dios de que el Señor hiciese conmigo una alianza eterna, firme é inmutable. Porque él me ha salvado de todos mis peligros, ha cumplido todos mis deseos, y todo ha florecido para mí.

Pero el inicuo transgresor de la ley será arrancado como las espinas que nadie toca con las manos, sino que se arma de hierro ó se toma una asta de lanza, y se mete fuego en ellas para reducir á cenizas sus últimos restos.”

En seguida David dió á conocer su última voluntad á Salomon. Despues de haberle exhortado á seguir fielmente la ley de Dios tal como la había dejado escrita Moisés, le recomendó que hiciese dar la muerte á Joab y á Seméi. Joab había hecho perecer á Absalon en desprecio de las recomendaciones y mandatos de un padre, y muerto con sus propias manos fuera del combate, y de un modo pérfido dos capitanes, en los cuales temia su ambicion tener otros tantos rivales. Seméi había vomitado insolentes injurias contra David el día en que huía perseguido por su hijo rebelde. El viejo rey se resolvió sin duda á prescribir estos castigos tardios pero no inmerecidos, por aquella consideracion que suele llamarse razon de estado, y para asegurar á su sucesor, jóven é inesperado todavía, un reino pacífico y sin intrigas. Sea de esto lo que fuere, murió poco tiempo despues, á la edad de sesenta años, despues de haber reinado cuarenta años sobre Israel, esto es, siete en Hebron y treinta y tres en Jerusalem. Ciertamente pueden citarse guerreros mas ilustres que David, príncipes mas versados en la ciencia del gobierno, filósofos que han tratado mas metódicamente las cuestiones de moral, poetas, en fin, de un gusto mas depurado: pero no hay un solo monarca que se halla mostrado tan grande bajo todos estos aspectos reunidos, y cuyo juicio, imaginacion, corazón y brazo, á la vez hayan desplegado tanto poder. Sobre todo, ningún hombre ha borrado sus faltas por un arrepentimiento mas elocuente y mas fecundo. ¿Quién podrá contar todos los corazones que, desviados un momento como él, fueron despues ganados por la penitencia? ¿Cómo resuenan sus acentos en el alma, escitando á la vez el temor, el dolor, la esperanza y el amor? El raudal de sus lágrimas, engrosado por las que él ha arrancado suavemente de los ojos de



los pecadores, se ha convertido ya en un caudaloso río, que corre sin cesar por el valle en donde pasa nuestra vida terrestre, para desarraigar de él el crimen y la desesperación, hacer germinar el arrepentimiento y reverter la inocencia.

Apenas Salomon estuvo sentado en el trono, cuando vino á turbarle la ambición de su hermano Adonias. La última revuelta había sido reprimida con prontitud, pero sin perder sus hombres. Además, Adonias era hijo mayor, y ya antes una parte de la nación se había declarado en favor suyo. Créese que Joab le incitó secretamente á una nueva tentativa, y por de pronto á pedir por esposa á Abisag de Sunam, una de las viudas de David. Entre los hebreos y en los países del antiguo Oriente, el rey difunto lo dejaba todo á su sucesor; y sus mugeres, en particular, no podían ya ser dadas á otro que á un rey. Así, pues, la demanda de Adonias era una especie de pretension al trono, y una violación de la fe que había jurado al joven monarca al recibir su perdón. Recurrió Adonias á la intervención de Bethsabé para obtener la mano de Abisag; pero Salomon, sorprendido del proyecto de su hermano, y midiendo desde luego las consecuencias probables de acceder á aquella demanda, respondió á Bethsabé: "¿ Vos pedis á Abisag de Sunam para Adonias? Pedid también para él la corona, pues él es mayor que yo, y tiene ya en su partido al gran sacerdote Abiathar y á Joab, hijo de Sarvia. Trátame Dios con todo el rigor de su justicia, añadió, si no es una verdad que Adonias acaba de pronunciar su sentencia! Porque juro por el Señor, que me ha establecido y colocado sobre el sólo de mi padre David, y que ha fundado mi casa, como lo tenía prometido, que ha de morir Adonias." Y le hizo matar en aquel mismo día por un capitán de sus guardias. El proceder de su hermano le pareció que ocultaba miras de ambición, y se creyó puesto en una de aquellas circunstancias en que el hombre de estado tiene mas necesidad de obrar que de deliberar. Con todo, es difícil el no acusar de precipitada y cruel una sentencia dada sin forma de proceso, y con tan pronto rigor ejecutada: por lo menos nuestras ideas modernas lo repugnan irrisistiblemente. No porque nuestra historia nacional y la historia contemporánea no presente hechos análogos, sino que es inseparable de ellos un horror general y significativo, como represalias de la conciencia pública. En todo caso, la frecuencia de semejantes actos no bastaría en modo alguno á legitimarlos, y hay un derecho para vituperarlos, bajo cualquier título que se los pretenda escusar.

Salomon, despues de haber así cortado la cabeza de la rebelion, descargó su severidad sobre los dos sugetos que mas habian favorecido los proyectos de Adonias, y cuya turbulencia podia suscitarle nuevos obs-

taculos. En cuanto al sumo sacerdote Abiathar, le apeó de su dignidad, quitándole para siempre las funciones de su ministerio, con lo cual se cumplió la palabra pronunciada por el Señor en Silo contra la casa de Heli. "Retirate á la posesion que tienes en Anatoth, le dijo el rey. Tú á la verdad mereces la muerte: pero yo no te quito hoy la vida, por cuanto llevaste el Arca del Señor Dios delante de mi padre David, y le acompañaste en todos sus trabajos." Se contentó, pues, con desterrarle. Llegó esto á oídos de Joab, partidario que había sido de Adonias, y se refugió al tabernáculo, asiendo con la puerta del altar. Pero no le valió este asilo. Salomon envió á Banaías, hijo de Joyada, para que le diese la muerte; y resistiéndose Joab á salir del tabernáculo, el rey le hizo pagar allí mismo con la vida la sangre inocente que había derramado, cuando atravesó con su propia espada á dos varones justos mejores que él, Abner, hijo de Ner, general del ejército de Israel, y Amasa, hijo de Jether, general del ejército de Judá. Estos rigores, que anunciaban en el nuevo poder una firme voluntad de defenderse, calmaron los restos de ambiciosos proyectos que podían haber quedado, y dieron al país el beneficio de un reposo que de largo tiempo no había disfrutado.

Por lo demas, desde el momento en que Salomon pudo rejir por su propia mano las riendas del Estado, desplegó una sabiduría tal, que su trono se vió desde luego rodeado y sostenido por la admiracion y el respeto universal. Tan pacífico por la naturaleza de su carácter y de las circunstancias, como había sido belicoso su padre, igualó á David, sin hacerle olvidar; se aprovechó de las victorias conseguidas antes de él para desplegar su reinado con todo el esplendor de la magnificencia. Estrechó lazos de amistad con los reyes vecinos, y empleó la actividad de su pueblo en el comercio y en la industria. Conoció que la Judea, por pocos esfuerzos que hiciese, no en vano reclamaria para sí las ventajas de Tiro y de Sidon, reinas soberbias de los mares; pues se estendia sobre un espacio de cuarenta leguas á lo largo del litoral del Mediterráneo: sus buques podían visitar el Egipto, aquella nodriza fecunda del antiguo mundo, las costas del Asia menor, y las islas del Archipiélago griego. Por la parte de la tierra, encontraba á sus puertas la Fenicia, las ciudades sentadas en el curso del Eufrates, la Arabia fértil en productos estimados, y el Mar Rojo, que abria el camino de las Indias. Salomon se alió por medio de tratados con diferentes países: por el Norte, edificó á Palmira, ó Tadmor, que era como un depósito ó escala desde Jerusalem á Babilonia, y al Mediodía la factoria de Esiongaber le abria y proporcionaba las riquezas del Asia oriental. Su enlace con la hija del rey de Egipto, sus alianzas políticas y mercantiles con el rey de Tiro, al paso



que daban á su nombre brillo y celebridad, aseguraban á sus empresas un poderoso concurso, y un éxito tan completo como inevitable.

Fiel al querer de Dios, y movido por sus propios sentimientos de piedad, erigió Salomon el célebre templo de Jerusalem. Tenia entonces una alma recta, un corazon puro y una maravillosa inocencia de costumbres. Al principio de su reinado, Dios se le apareció una noche entre sueños, como una vision profética. "Pide lo que quieras que te conceda, dijo la voz.—Yo soy como un niño que no sabe el modo de conducirse, en medio del numeroso pueblo que tú escogiste. Dá, pues, á tu siervo un corazon dócil para que sepa hacer justicia, y discrecion y sabiduría para discernir lo bueno de lo malo; porque si no, ¿quién será capaz de gobernar á esta muchedumbre que es tu pueblo?" Agradó al Señor esta oracion, por haberle pedido semejante gracia, y respondió la voz: "Por cuanto no has pedido para ti larga vida, ni riquezas, ni la gloria, ni la muerte de tus enemigos, sino únicamente sabiduría para discernir lo justo, yo he otorgado tu súplica y te he dado un corazon sabio y de tanta inteligencia, que no le ha habido antes de tí, ni le habrá despues. Y hasta te daré lo que no has pedido, riquezas y gloria; por manera que no habrá habido en los tiempos pasados, rey alguno que te iguale. Y si siguieres mis caminos y observares mis preceptos y mis leyes, conforme lo hizo tu padre, te concederé larga vida." En efecto, por largo tiempo obedció Salomon á nobles y generosos instintos. Habia empleado en la construccion del templo siete años de trabajos continuos, mas de ciento cincuenta mil operarios de toda clase, y sumas incalculables. En la solemne dedicacion de esta obra maestra de la opulencia y del arte, hizo brillar las señales de la mas verdadera y sublime religiosidad: pronunció una tierna y enérgica oracion, con la que pintó con los mas bellos y profundos rasgos la majestad de Dios, la nada del hombre y el gobierno de la Providencia. Era tan sabio en las cosas humanas, como en las divinas: su genio ardiente y positivo iba sin rodeos á las mas vitales cuestiones, las discutia con admirable precision, y daba solucion con toda exactitud, despues de un exámen inteligente y con toda la fuerza y perspicacia del pensamiento. Aun cuando sus libros no fuesen fruto de la inspiracion de lo alto, y no llevasen ante todo el sello de la Divinidad, revelarían un hombre maravillosamente superior á los grandes hombres del paganismo; porque ¿cuál de estos sabios puede compararse por la elevacion y pureza de doctrinas? Y aun en el cristianismo, ¿qué escrito de filosofía moral presenta con tanta concision y en tan cortas páginas un conjunto mas admirable de ideas saludables y féculdas, que no se halle en los escritos de Salomon?

Tal fué el hijo de Bethsabé en los dias de su verdadera gloria. El brillo de una juventud embelesante, el atractivo seductor del poder, el ascendiente del genio, todo revelaba los encantos de su persona, añadiendo nuevo precio al mérito de su virtud. Su nombre, lleno de prestigio, atraía á todo el Oriente, como un astro colocado en el centro de algun mundo, dá la ley á todo un pueblo de estrellas. Aun cuando, hácia el fin de su vida, se dejó vencer por aquellos mismos hechizos del placer, cuya imposura y vanidad habian tan bien en otro tiempo publicado sus labios, destilando puros raudales de sabiduría, el poderoso monarca llevó consigo en su caída cierto carácter ó resto de grandeza, como una ruina magnífica que hace llorar, pero no detestar su memoria; pues faltas hay que se parecen á infortunios, y despiertan en el alma aquella especie de piedad que solo pertenece á la desgracia.

*Sunt lacrimae rerum et mentem mortalia tangunt.*

